

LOS PERROS Y GATOS COMO REACTIVO PSÍQUICO

EL refrán castellano que dice: «Dime con quien andas y te diré quien eres» tiene una aplicación práctica de extraordinario valor en el estudio de las relaciones que se establecen entre los seres humanos y ciertos animales de los clasificados en el grupo de domésticos. Si es factible, con grandes probabilidades de éxito, el hacer deducciones de carácter psicológico sobre los gustos de una persona según tenga instalado su hogar o su biblioteca, o según sea el grado de su cultura, igualmente podremos deducir valiosas enseñanzas respecto de sus facultades afectivas partiendo de sus aficiones por los perros o los gatos, puestos como el más corriente ejemplo de animales domésticos.

Un artículo publicado hace algún tiempo en *Excelsior*, de París, por M. R. L. Gentil, y otro más reciente, aparecido en *La Presse Medicale*, que también se publica en la capital de la vecina Francia, por el doctor Marcel Cahen, nos llevan de la mano a redactar estos comentarios.

Si queremos comprender la naturaleza psíquica de los seres humanos en sus más intrincadas y reservadas concepciones, utilizando como reactivos al perro y al gato, y si queremos deducir conclusiones respecto del pensamiento, del modo de pensar y del modo de sentir de estas mismas personas, según demuestren su amistad o su simpatía por uno u otro de estos animales, es preciso profundizar en los factores afectivos, que son la base de esta amistad.

Nos serviremos de la psicología de los animales, que nos ofrecen tan marcada diferencia entre sí, que casi pueden considerarse como antagónicos. Mientras que el perro demuestra en todo instante una obediencia, una devoción y una sumisión casi infalibles, el gato, por el contrario, no tiene de estas cualidades excelentes sino las apariencias. La devoción de los gatos por el hombre es relativamente débil, sin que en ningún caso pueda estar seguro el dueño de un gato de que el animal le obedezca a una simple llamada si no le ofrece la compensación de una golosina o de una caricia. Si el dueño del gato intenta llevarlo consigo en un automóvil, por ejemplo, o sencillamente hacerlo

entrar en una habitación donde él no haya estado nunca, lo verá perder inmediatamente la calma y a toda costa querrá huir, a pesar de la presencia de su amo, que ha perdido toda la confianza del animal instantáneamente. El gato, todo egoísmo, necesita que se le cuide bien y que se le acaricie y mime para atender las indicaciones de su amo.

En cambio, el perro es todo lo contrario, quiere a su amo con fe ciega, y yendo a su lado, el perro se encuentra siempre satisfecho, aun cuando no coma, aun cuando se le maltrate, aun cuando no se tenga con él la más leve caricia. Esto quiere decir que mientras el perro *nos da* incondicionalmente todo su cariño y todo su afecto, el gato, por el contrario, *nos lo exige*. Por simple inversión, deduciremos la primera conclusión psicológica para el ser humano: los que gustan de perros, es lógico pensar que habrán de sentir la necesidad imperiosa de recibir los afectos ajenos, y, por el contrario, las personas que sien-

ten especial afecto hacia el gato son precisamente al revés, aquellos seres que, plétóricos de afectos propios, siente la necesidad de darlos generosamente, sin recompensa alguna, a cuantos los rodean.

He aquí un problema planteado para los que no tengan otra cosa más grata que hacer, cual

es el observar entre sus amistades, entre las personas con quienes se relacionan más frecuentemente, sus inclinaciones por los gatos o los perros, y deducir, en consecuencia, si interesa intentar un acercamiento o una distanciamiento.

DOCTOR FERNAN PEREZ

